

LA LECTURA I EL MÉTODO EN EL ESTUDIO

Manuel de Salas

Obras consultadas: *Psicología*, W. James; *La evolución de las ideas jenerale*, Th. Ribot; *Teoría de la educación*, E. Roerich; *El método en el estudio*, Guyot-Daubes.

La expresión “leer bien” se aplica tanto al arte de interpretar en alta voz a los autores, como al arte de sacar provecho de lo que se lee. Son dos artes, i este segundo sirve de fundamento al primero, porque es necesario comprender para dar un alma a la lectura.

Las líneas que siguen están destinadas a indicar cómo se llega a “leer bien”, tomando dicha expresión en su segunda acepción.

[...]

La primera condición de lectura es ser activa. Concentrada nuestra atención en la lectura, abrimos nuestra inteligencia de par en par, a fin de recibir íntegras las nuevas adquisiciones; enviamos a su encuentro los recuerdos para que se enlacen con ellas; procurando unir lo viejo con lo nuevo, sin lo cual no hai interés.

La lectura debe ser un trabajo intelectual i no un pasatiempo. Al permanecer pasivos, las impresiones se deslizan sin dejar huellas. Eso es matar el tiempo i no emplearlo. Así puede leerse mucho i no trabajarse nada; se simula actividad, manto con que se cubre la pereza o se gasta vana agitación por aprender mucho en poco tiempo.

Me parece que hai jente estudiosa, cuya cultura no corresponde a su aplicación: sus lecturas no les han dejado sino la penosa impresión de que miles de horas se han consumido en buscar un saber que no llegó a solidificarse, se disipó, dejando leve rastro de partículas dispersas.

Este anhelo jeneroso de aprender mucho, envuelve el peligro de rasmillar apenas la superficie de los conocimientos, sin penetrar a fondo en ninguno: la calidad es sacrificada a la cantidad.

El filósofo inglés Hobbes decía: “Si yo hubiera leído tanto como los otros, sería tan ignorante como ellos”. Sin duda, él no se refería a la ignorancia absoluta, sino a la ignorancia proveniente del saber vago i descompanionado; a la confusión de conocimientos incoherentes. Talvez sea preferible no saber, a saber mal; el error a la confusión.

Pasar de un libro a otro es también, a su modo, hacer vida eterna. Exageraría si dijiera que así se ahoga nuestra personalidad; pero, en realidad, sufre desmedro. Ver discurrir ante nosotros, en desfile interminable, opiniones i sentimientos ajenos, aunque alguna impresión nos causen, es salir fuera de nosotros, dejarnos llevar pasivamente como en medio de una muchedumbre, que nos arrastra ya en una dirección, ya en otra. Necesitamos, nadie podría negarlo, esa influencia exterior para que nos beneficie,

provocando reacciones que entonen nuestra personalidad; pero es preciso saber aprovecharla.

Esa hora de la conciencia i del pensar profundo que pedía el poeta con fines morales, debemos pedirla con más amplio propósito en favor de toda la mentalidad, después de cada lectura. Debemos sumirnos en un autor para que de él salga el “yo” más viviente, más entero; esto es, debemos mirar la lectura como medio i no sólo como fin; como uno de los medios que el intelecto alcance su máximo desarrollo en beneficio propio i ajeno.

[...]

La pereza o el afán de terminar pronto una lectura, forman el hábito de leer casi pasivamente. Pues bien, se trata de sustituir este hábito, nocivo en alto grado para la cultura i la conducta, por el hábito de leer atentamente; reemplazar un ejercicio improductivo por otro que ponga en movimiento las facultades superiores del espíritu. El hábito sería tomar el libro i disponer en el acto la mente a un trabajo concienzudo, repitiéndose siempre el mismo fenómeno. “Un carácter, como dice Stuart Mill, es una voluntad completamente acostumbrada”.

Acumular conocimientos en la memoria por medio de la lectura, es sólo una parte de nuestra labor; la otra, la más importante, es la asimilación, que no puede darla sino al reflexión. El trozo es observado, primera etapa; en la segunda, se enlazan las nuevas nociones con las que ya se poseen, se hacen comparaciones, notando semejanzas i diferencias. De esto debe resultar una opinión personal. Es así como el método activo contribuye a la formación de la personalidad. Pero la lectura debe ser lenta para dar lugar a esta meditación, sin la cual el saber permanece como préstamo, como algo ajeno a nosotros mismos, pues no influye en nuestros actos ni modifica nuestros juicios: sólo carga la memoria. Una lectura rápida no deja tiempo ni para la observación completa del contenido, mucho menos para la asimilación: lejos de favorecer la producción intelectual, la aniquila i el cultivo de nuestro “yo” no recibe ningún provecho.

[...]

Así, la mente no se educa, no se emancipa. Ya se sabe que la afirmación crea creyentes; i la demostración, conscientes. Enseñar a pensar, no circunscribe su esfera de acción a lo meramente intelectual, trasciende también a lo moral. La moralidad supone una voluntad enérgica, capaz de ejecutar ciertos actos i abstenerse de otros; pero, ¿qué voluntad enérgica podrá haber con ideas embrionarias, confusas i sentimientos indecisos?

[...]

Leer con atención, meditar, seguir un curso ordenado de lectura, desarrolla poco a poco la “facultad de formar juicio” en la materia que se estudia; i una nueva consciencia i una nueva voz vienen a unirse a las de aquéllos que han servido de iniciadores.

El libro no debe ser sólo un medio de instrucción, debe ser, además, un motivo alrededor del cual jiren las propias ideas. ¡Leer i pensar! Pobre cosecha da una obra si sólo deja un recuerdo incierto, detalles aislados, datos de frívola curiosidad. Rica será, por el contrario, si junto con permitir ver su organismo, suscita ideas, formando luminosas asociaciones. Difícil es contraerse de tal modo i hacer, si mi permitiera la espresión, esta lectura amante; pero ella es necesaria para favorecer la sugestión.

Con esto, queda dicho que la lectura debe ser sugestiva. Es natural que lo sea en diverso grado para cada uno: la cultura, el temperamento, la intelijencia, todo influye para penetrar más o menos hondo en lo que se lee, para sentir inflamarse el espíritu i el corazón a su contacto. Mientras alguno recorra un pasaje con fría serenidad, otro de más agudeza sensitiva, se sentirá estremecido ante una belleza inesperada o admirado ante una profunda concepción. Pero todos, en mayor o menor grado, deben procurar asociarse íntimamente a la lectura. Permítaseme recordar a este propósito las palabras de un filósofo, que pueden aplicarse aquí con la debida restricción. “Es el gran arte como la gran naturaleza: cada cual lee en él lo que es capaz de leer. Cada cual le encuentra un sentido más o menos profundo, según que es capaz de penetrar más o menos adelante. Para aquéllos que quedan en la superficie, sólo hai las grandes líneas, los grandes horizontes, la majia visible de los colores i las armonías que llenan el oído; para aquéllos que van más adelante y más adentro, hai perspectivas nuevas que se abren, perfecciones de detalles que se revelan, infinitos que se envuelven” (Guyot).

[...]

No hay idea bastante infecunda que no pueda reproducirse, formar una tribu. Sin embargo, ese desenvolvimiento, ese retoñar de las ideas, no se efectuará en el niño desde luego si el profesor, con sus preguntas no lo facilita, mostrando ya una causa, ya un efecto, una semejanza o una oposición, buscando su apoyo en la asociación de ideas. Tenemos que trabajar para que las ideas no caigan en el cerebro como piedra en el agua sino como semilla en terreno bien abonado.

La lectura bien hecha tiene aún otras ventajas. Ver claro en el pensamiento de otro i juzgarlo, fuerza a ver claro en el propio pensamiento, en la consciencia.

[...]

La lectura es elíxir de rejuvenecimiento constante de nuestra mente. Conocéis sin duda mucha jente cuyo cerebro rechaza toda influencia exterior; son casas cerradas en que el aire ya no se renueva. Las ideas adquiridas se enseñorean tiránicamente i no permiten el acceso a otras que les disputen el dominio de que disfrutan con toda tranquilidad. Las ideas nuevas desfilan por esos cerebros como pasa el aire por una plancha de bronce, sin penetrarla. Se trata de cerebros empedernidos, para los que es imposible el trabajo de revisión que impone toda idea nueva: confrontar lo que se posee con lo que ella enseña, revolver lo que se tenía ordenado para acomodarlo en otra forma, adaptándolo a lo que acaba de aprenderse, reclama una energía de que ellos no se sienten capaces.

Sin el trabajo asiduo, sobreviene la atrofia de nuestras disposiciones para adquirir ideas, por la falta de uso i nos convertimos en “momias vivientes”. Si cada uno de nosotros lleva quizás una parte de su ser momificada, que no llegue a serlo el todo, peligro a que se espone el que no trabaja con las ideas.

[...]

A menudo ocurre que al hacer leer a los alumnos un trozo algo difícil e interrogarlos, se ve que no han comprendido ni han gozado. Analícese después, háganse las divisiones i sub-divisiones requeridas i cada detalle tomará una posición, un sentido: como jalones, se señalarán el principio, el medio, el fin; todo se aclarará como cuando se inunda de sol una cámara oscura. La comprensión irá unida a una viva emoción intelectual.

[...]

Así les enseñaremos que, al leer, es preciso un poco de paciencia. Llevado por el atractivo de la lectura, sería tan agradable seguir siempre adelante i no perder el entusiasmo despertado. Es necesario, sin embargo, interrumpirse, no ya para buscar el significado de una palabra, aclarar un concepto, discutir un principio, sino para fijar un recuerdo, necesario para la comprensión de lo que sigue. El autor hace alusión a lo dicho más arriba en términos tales que, si no se posee muy buena memoria, hai que volver atrás i confrontar su cita.

[...]

Nuestras lecturas no pueden ser siempre tan claras i objetivas como una anécdota o la descripción de un cuadro. Con trozos de esta índole se inicia la lectura.

Después aparecen las abstracciones que van tomando más y más lugar en nuestras lecturas i reflexiones. El tránsito de lo concreto a lo abstracto debe ser guiado de modo que el joven aprenda a manejarse en la abstracción i no se crea en ella como en un mundo vacío.

La lectura debe poner en ejercicio la atención; i, desde que ella existe, entra en función la actividad intelectual que, en el fondo, se reduce a dos operaciones. La primera puede designarse con los términos: asociar, reunir, unificar, asimilar, síntesis; i la segunda, con los términos: disociar, aislar, separar, diferenciar, análisis.

[...]

Hai necesidad, pues, de adiestrar a los alumnos en la abstracción i generalización, alejándose un poco del dominio exclusivo de lo concreto. Esto ofrece su dificultad por el uso de los términos generales o abstractos. Pero ello se aprende. Como dice Ribot, se llega a comprender un concepto, como se aprende a andar, a bailar, o la esgrima o a tocar un instrumento de música.

Comprender una página filosófica cuesta al principio, exige mucho tiempo; después bastan pocos minutos. El que está acostumbrado a leer sólo lo que se refiere a hechos de la experiencia corriente, acontecimientos concretos, halla insoportable una página abstracta: aunque comprende las palabras aisladas, no logra relacionarlas; el concepto se le escapa i lee palabras sueltas.

[...]

En este consejo va envuelto el proverbio latino: “Non multa, sed multum”; o sea, no leer muchos libros a la lijera, sino pocos i bien. Lo que aprovecha a la intelectualidad no es la cantidad de lectura, sino el grado en que esa lectura se asimila, del mismo modo que lo que aprovecha el organismo de los alimentos que llegan al estómago, es lo que dijere: puede comerse poco i estar bien de salud; puede comerse mucho i estar en quiebra: es cuestión de digerir o no. En uno i otro caso, la cantidad es cuestión secundaria, o más bien, la moderada cantidad, es la que se debe señalar; lo importante es lo que se aprovecha asimilando.

Pero para que los alumnos estén en aptitud de ceñirse al precepto de Vinet, es preciso que nosotros hayamos practicado con ellos el arte pedagógico en lo que tiene de más útil i más elevado, enseñándoles a comprender, a reflexionar i a recordar.